

Ferdinand von Schirach

# TABÚ

Traducción del alemán de  
Susana Andrés



Título original: *Tabu*

Fotografía de la cubierta: Michael Mann © Ferdinand von Schirach

*Copyright © Piper Verlag GmbH, Múnich, 2013*

*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016*

*La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Goethe-Institut,  
financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán*



Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-759-9

Depósito legal: B-18.220-2016

1ª edición, octubre de 2016

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

En cuanto la luz de los colores  
verde, rojo y azul  
se mezcla de igual modo,  
nos aparece como si fuera blanca.

Teoría del color  
según HELMHOLTZ



Una espléndida mañana de primavera del año 1838 se creó en París, en el Boulevard du Temple, una nueva realidad. Ésta transformó la visión, el conocimiento y la memoria de los seres humanos. Y, por último, transformó la verdad.

Daguerre era un escenógrafo francés. Quería hacer unos decorados que fuesen como la misma realidad. A través de un agujero practicado en una caja de madera proyectaba la luz sobre unas placas de plata yoduradas. Gracias a los vapores de mercurio se hacía visible lo que se encontraba delante de la caja. Sin embargo, las sales de plata tardaban mucho en reaccionar: los caballos y los paseantes eran demasiado veloces, el movimiento todavía era invisible, la luz únicamente grababa en las placas casas, árboles y calles. Daguerre había inventado la fotografía.

En la foto que realizó en 1838 se distingue con notable claridad, entre las sombras difusas de carros y personas, a un hombre. Mientras todo bulle a su alrededor, él permanece inmóvil, con las manos cruzadas a la espalda. Sólo la cabeza está borrosa. Nada sabía de Daguerre y su invento; era un transeúnte a quien estaban lustrando los zapatos. La cámara

lo captó a él y al limpiabotas; fueron las primeras personas que aparecieron en una foto.

Sebastian von Eschburg había pensado con frecuencia en ese individuo inmóvil y su cabeza imprecisa. Pero fue en ese momento, después de que todo hubiese sucedido y ya nadie pudiese echar marcha atrás, cuando lo entendió: ese hombre era él mismo.

**Verde**





# 1

A mitad de camino entre Múnich y Salzburgo, algo apartado de las carreteras principales, se encuentra el pueblo de Eschburg. Del castillo que había dado nombre al pueblo tan sólo quedaban en lo alto, sobre la colina, unas cuantas piedras. En el siglo XVIII, uno de los Eschburg, tras pasar una temporada en Berlín en calidad de enviado del Gobierno bávaro, construyó a su regreso la casa nueva junto al lago.

A principios del siglo XX, los Eschburg tuvieron dinero por última vez. Por aquel entonces eran propietarios de un molino de papel y una hilandería. En 1912, el primogénito y heredero se ahogó en el hundimiento del *Titanic*, suceso que más adelante fue motivo de orgullo para la familia. Había reservado un camarote en primera clase y había emprendido la travesía con su perro como única compañía. Se negó a subir a un bote salvavidas, probablemente porque estaba demasiado ebrio.

Su hermano pequeño vendió las empresas familiares, especuló y perdió la mayor parte de la fortuna durante la inflación de la década de los años veinte. A partir de entonces, nunca se dispuso de suficiente dinero para renovar la casa como era conveniente. Las paredes estaban desconchadas, las dos alas laterales no se calentaban en invierno y en las

cubiertas crecía musgo. En primavera y otoño, unos cubos de metal recogían la lluvia en los desvanes.

Casi todos los Eschburg habían sido cazadores y viajeros, y a lo largo de doscientos cincuenta años habían llenado las habitaciones de la casa con objetos de su agrado. En el vestíbulo había tres paragüeros con forma de pie de elefante y a su lado, en la pared, había colgadas varias jabalinas medievales, unas lanzas largas que se empleaban para la caza del jabalí. En el pasillo de arriba yacían dos cocodrilos enzarzados entre sí en un eterno combate; uno había perdido un ojo de vidrio, y el otro, parte de la cola. En las dependencias del servicio había un oso pardo enorme, al que se le habían caído casi todos los pelos de la barriga. En las paredes de la biblioteca había expuestos los cráneos de antílopes kudú y órix, y en una estantería, entre Goethe y Herder, sobresalía la cabeza de un gibón bizco. Alrededor de la chimenea descansaban tambores, trompas naturales y pianos de pulgares del Congo. Dos dioses de la fertilidad africanos, de ébano, negros y graves, reposaban en la entrada de la sala de billar.

En los pasillos había colgadas imágenes de santos de Polonia y Rusia junto a sellos ampliados de la India y dibujos a tinta de Japón. Había caballitos de madera chinos, puntas de lanza de Sudamérica, los colmillos amarillentos de un oso polar, la cabeza de un pez espada, un taburete con las cuatro pezuñas de un hipótrago, huevos de avestruz y baúles de madera procedentes de Indonesia cuyas llaves hacía tiempo que se habían perdido. Había una habitación de invitados llena de muebles barrocos florentinos falsificados y otra con una mesa expositor rebosante de broches, estuches de puros y una Biblia de gran formato con cierre de plata.

En la parte de atrás, al final del gran jardín con bosque, había una cuadra pequeña con cinco boxes para caballos. La hiedra crecía en las paredes, y la hierba, entre los adoquines del patio. La pintura se había desprendido de los postigos de

las ventanas, y el óxido, teñido el agua de marrón. En dos de los boxes se secaba la leña y en otro se guardaban macetas, sal para el hielo y pienso para venado.

En esa casa nació Sebastian. En realidad, su madre quería dar a luz en el hospital de Múnich, pero el coche había estado demasiado tiempo expuesto al frío y no arrancó. Mientras su padre intentaba poner en marcha el vehículo, empezaron las contracciones. Cuando el farmacéutico y su esposa llegaron del pueblo, el padre de Sebastian esperaba en el pasillo delante de la habitación de su mujer. Dos horas más tarde, el farmacéutico le preguntó si quería cortar el cordón umbilical y él le contestó gritando que el motor se había roto. Aunque luego se disculpó, mucho tiempo después la gente del pueblo todavía se preguntaba qué significado había tenido aquello.

Los niños nunca habían sido el centro de atención en la familia de Sebastian. Se les enseñaba a utilizar los cubiertos en las comidas, a hacer un besamanos y que un niño debía hablar lo menos posible. Pero la mayor parte del tiempo no se ocupaban de ellos. Cuando Sebastian cumplió ocho años, se le permitió por primera vez sentarse a comer a la mesa con sus padres.

Por aquel entonces, Sebastian era incapaz de imaginarse viviendo en otro lugar. Cuando se marchaba de vacaciones con su familia, se sentía extraño en los hoteles. Se ponía contento cuando regresaba y todo seguía estando ahí: el entarimado oscuro de los pasillos, las escaleras de piedra con la huella desgastada y la tenue luz de la tarde en la capilla inclinada.

~

En la vida de Sebastian siempre habían existido dos mundos. La retina de sus ojos percibía ondas electromagnéticas de entre trescientos ochenta y setecientos ochenta nanómetros que su cerebro traducía a doscientos matices de color, quinientas luminosidades y veinte tonos de blanco. Veía lo mismo que los demás, pero en su mente los colores eran distintos. No tenían nombre, porque no había palabras suficientes para tantas gamas. Las manos de la niñera eran cian y ámbar, y sus cabellos irradiaban, en su opinión, un brillo violeta con una pizca de ocre. La piel de su padre era una superficie pálida, de un azul verdoso. Su madre era la única que carecía de color. Durante mucho tiempo, Sebastian creyó que estaba compuesta de agua y que sólo adoptaba la figura por la que todos la conocían al entrar en una habitación. Él admiraba la celeridad con que ella conseguía transformarse.

Cuando aprendió a leer, también las letras adquirieron colores. La «A» era tan roja como la chaqueta de punto de la maestra de la escuela del pueblo, o como la bandera de Suiza que había visto el invierno pasado encima del refugio de montaña, de un rojo fuerte, denso, categórico. La «B» era mucho más suave, de color amarillo, y olía como el campo de colza que había camino de la escuela. Flotaba en el espacio sobre la «C», verde claro, más elevada y amable que la «K», verde oscuro.

Puesto que todas las cosas tenían junto al color visible otro invisible, su cerebro empezó a ordenar el mundo. Poco a poco creó un mapa de colores con miles de calles, plazas y callejuelas, al que cada año se sumaba un nuevo nivel. Sebastian se desplazaba por él; hallaba sus recuerdos entre los colores. El mapa se convirtió en una imagen completa de su infancia. El polvo de la casa tenía ahí el color del tiempo: un verde oscuro y suave.

~

No hablaba de aquello, todavía pensaba que todo el mundo veía como él. Lo único que no soportaba era que su madre le pusiera jerséis de colores; entonces montaba en cólera, los desgarraba o los enterraba en el jardín. Al final consiguió imponerse y que le permitieran llevar sólo los blusones azul marino de los campesinos del lugar. Ésa fue su indumentaria diaria hasta que cumplió diez años. A veces en verano se ponía una gorra, sólo porque tenía el color adecuado. La *au pair* sospechaba que Sebastian era distinto. Notaba cuándo ella se había puesto otro perfume o usado un lápiz de labios nuevo. A veces la chica llamaba por teléfono a su novio a Lyon, con el que hablaba en francés, y le daba la sensación de que, aun siendo del todo desconocido para él, Sebastian entendía el idioma con sólo escuchar el sonido de su voz.

A los diez años, Sebastian ingresó en el internado. Su padre, su abuelo y su tatarabuelo también habían estado allí, pero la familia ya no disponía de dinero, así que obtuvo una beca. La Dirección del internado envió una carta a su casa. En ella se especificaba con rigurosidad qué equipaje debía llevar cada chico, cuántos pantalones, jerséis y pijamas. La cocinera tuvo que coser números por todas partes para que la lavandería del internado pudiese diferenciar sus prendas de las de los demás alumnos. La mujer lloraba cuando fue a buscar los baúles al desván y el padre de Sebastian le dijo exasperado que dejase de preocuparse inútilmente porque el niño no iba a la cárcel. Pese a todo, ella siguió llorando y, aunque la carta lo prohibía de forma explícita, metió un tarro de mermelada y algo de dinero entre las camisas recién lavadas.

En realidad no era una cocinera —ya hacía tiempo que en esa casa no había servicio—, sino un miembro de la familia. Era una tía muy lejana que en épocas mejores había sido dama de compañía y amante de un cónsul alemán en Túnez. El cónsul no le había dejado nada al morir, así que ella estaba contenta de hospedarse en casa de los Eschburg.

A veces le pagaban un sueldo, pero en general se limitaban a no cobrarle ni el alojamiento ni las comidas.

Su padre se dispuso a acompañarlo al internado. Y Sebastian se quedó con las ganas de llevarse las flores blancas de ranúnculo que flotaban en la superficie del lago y las lavanderas y los plátanos que había delante de la casa. El perro yacía al sol, tenía el pelaje caliente, y Sebastian no supo qué decirle. El perro murió medio año después.

De camino al internado, le dieron permiso para sentarse delante. Sebastian solía marearse en los trayectos largos si iba en el asiento trasero del viejo automóvil. Miraba por la ventana e imaginaba que el mundo se estaba construyendo en ese momento, y pensaba que su padre no debía conducir demasiado rápido o no estaría terminado a tiempo.

Tras pasar los huertos de la ribera del gran lago, que su padre llamaba «mar suabo», llegaron a la frontera suiza. «Entre Alemania y Suiza está la tierra de nadie», dijo su padre. Sebastian trató de imaginar qué aspecto tendría la gente en la tierra de nadie, qué idioma hablaría y si realmente lo tendría.

El funcionario de aduanas ofrecía un aspecto majestuoso en su uniforme. Examinó el pasaporte nuevo de Sebastian y hasta preguntó a su padre si tenía algo que declarar. Sebastian se quedó mirando el arma del funcionario, metida en una pistolera gastada, y lamentó que el hombre no tuviera que desenfundarla.

Al otro lado de la frontera, su padre cambió dinero y compró chocolate en un quiosco. Dijo que era lo que siempre había que hacer cuando uno iba a Suiza. Cada tableta de chocolate tenía su propio envoltorio y en el papel de plata había pegadas unas fotos diminutas: las cataratas del Rin

en Schaffhausen, el monte Cervino, vacas y tarros de leche delante de un pajar, el lago de Zúrich.

Siguieron montaña arriba. Refrescó, subieron con la manivela el cristal de las ventanillas. Su padre dijo que Suiza era uno de los países más grandes de la Tierra; bastaba con aplanar las montañas para que fuese tan extenso como Argentina. Las carreteras se estrecharon, vieron granjas, campanarios de piedra, ríos y un lago de montaña.

Cuando cruzaron un pueblo que se veía especialmente bien ordenado, su padre dijo que Nietzsche había vivido allí. Señaló una casa de dos plantas, con geranios en las repisas de las ventanas. Sebastian ignoraba quién era ese tal Nietzsche, pero su padre lo había mencionado con tal tristeza que registró el nombre.

Recorrieron entre peñas unos treinta kilómetros más y al final aparcaron en la plaza del mercado de un pueblo. Como habían llegado un poco demasiado pronto, pasearon por las callejuelas. Había casas de dos y tres plantas con ventanas diminutas, portales con arco y muros gruesos para combatir la dureza de los inviernos. Desde ahí podían ver los edificios del internado, un recinto conventual barroco. Unas arcadas rodeaban una fuente dedicada a la Virgen María y detrás se alzaban las dos torres de la enorme colegiata.

Los recibió el director del internado; llevaba el hábito marrón de los benedictinos. Sebastian se sentó en el sofá al lado de su padre. En un nicho de la pared había una Virgen tras un cristal. Tenía una boca minúscula y los ojos tristes; el Niño que llevaba en brazos parecía enfermo. Sebastian se sentía inquieto. En el bolsillo del pantalón guardaba un silbato para pájaros, una piedra muy plana que había encontrado el año anterior en la playa y los restos de una piel de naranja. Mientras los hombres discutían de asuntos que él no entendía, desmenuzó con el índice y el pulgar la piel de naranja en trocitos cada vez más pequeños dentro del bolsillo. Cuando los adul-



tos por fin hubieron concluido y él pudo ponerse en pie, su padre se despidió del páter. Sebastian también iba a estrechar la mano del desconocido, pero éste se limitó a decirle: «No, no, tú te quedas aquí.»

Los pedacitos de piel de naranja se habían caído del bolsillo de Sebastian y esparcido por el sofá, plagado de manchas oscuras. Su padre se disculpó, pero el páter se rió. «Nada grave», dijo. Sebastian sabía que el desconocido mentía.

### 3

Desde hacía siglos, la vida en el monasterio estaba dedicada a la lectura y la escritura. La biblioteca era una sala de techos altos pavimentada de roble claro; contenía más de mil cuatrocientos manuscritos y más de doscientos mil libros impresos, la mayoría encuadernados en piel. Los monjes habían fundado una escuela de escritura en el siglo II, a la que se añadió una imprenta en el XVII. A disposición de los alumnos había una segunda biblioteca con mesas de madera oscura y lámparas de latón. Entre los niños corrían rumores acerca de unas estancias secretas, sitas en el sótano del monasterio, donde se guardaban libros prohibidos: ilustraciones de torturas y procesos a brujas, manuales de magia... Los páters no fomentaban la lectura, sabían que la afición surgiría de forma natural en algunos niños y que para otros siempre carecería de interés.

Sebastian empezó a leer en el aislamiento del monasterio. Pasado algún tiempo, las reglas del internado ya no lo molestaban, se acostumbró a los maitines y las vísperas, a las clases, el deporte y las horas de estudio. Fue ese ritmo de los días del convento, siempre el mismo, el que le dio la paz para vivir en los libros.

~

Durante las primeras semanas añoró la casa del lago. Los niños no podían volver a sus hogares si no era en vacaciones, y solicitar una llamada telefónica suponía un proceso complicado. Sebastian llamaba a su familia cada dos semanas, los domingos. Se colocaba para la ocasión en una de las pequeñas cabinas de madera que había en el vestíbulo del monasterio y el páter de la portería pasaba la llamada.

Uno de esos domingos, su madre se puso al aparato. Sebastian al momento se percató de que algo iba mal. Le dijo que su padre estaba enfermo, pero que no era grave. Cuando Sebastian colgó, le temblaban las piernas. De repente tuvo la certeza de que sólo él podía salvar a su padre. Para ello debía atravesar solo el barranco de Viamala. A Sebastian le daba miedo el barranco, su oscuridad, los senderos angostos. No había ido a la excursión con la clase. «Vía mala», es decir, el «camino malo»: paredes de roca de trescientos metros de altura, pulidas y frías, escalones de piedra y puentes.

Sebastian se puso en marcha enseguida sin comunicar su partida a nadie. Cogió el autobús delante del internado. No se dio cuenta de que calzaba unos zapatos finos y no llevaba chaqueta hasta que ya estuvo en camino. Tenía doce años y vértigo, pero debía lograrlo. Andaba muy despacio. En los puentes caminaba por el centro, evitando mirar al vacío. A su espalda oía el río. Estaba tan pálido que varios excursionistas le preguntaron si necesitaba ayuda. Tres horas más tarde, lo había conseguido. Regresó al monasterio, lo habían estado buscando. Y el prefecto, por supuesto, no entendió ese asunto de su padre. Sebastian se ganó un bofetón. No le importó: lo había salvado.

La escuela estaba casi a dos mil metros de altura; el invierno empezaba pronto y era muy largo. El internado tardaba en calentarse. Las salas, de techos altos, nunca se caldeaban del todo y por los interminables pasillos había corrientes de aire. Los primeros días de nieve, Sebastian siempre se ponía

contento. Sacaban los trineos de los sótanos y los niños esquiaban los fines de semana. Por las mañanas, una capa de escarcha descansaba sobre las colchas de las camas y cristales de hielo diminutos salían de los grifos de los baños.

Todos los años, Sebastian caía enfermo a principios de invierno: otitis media y fiebre. En la consulta del médico del pueblo había colgado un diagrama de un oído. El médico le mostró la piel, los cartílagos, los huesos y los nervios. Tal vez tenía la piel demasiado fina, le dijo. Sobre el escritorio se alineaban unos instrumentos relucientes que estaban fríos y hacían daño al oído enfermo. Sebastian recordó a la cocinera de su casa, que preparaba cataplasmas de cebolla cortada muy fina contra el dolor. Le había contado que las cebollas hacían llorar, pero que también podían curar. La mujer se sentaba junto a su cama y le hablaba de Túnez, de las especias de los mercados de la medina, del caracal, que tenía unas orejas que parecían pinceles, y del calor del viento del Sáhara, al que ella llamaba *chehili*.

En los meses oscuros del internado, cuando los libros ya no bastaban y los huertos, las pistas y los bancos estaban cubiertos de nieve, eran los colores que habitaban su mente los que salvaban a Sebastian.